

Editorial

Hacia el crecimiento y desarrollo de los niños

El crecimiento y desarrollo es, desde que aparece el primer ser vivo en el planeta. Entonces ¿por qué nos resulta tan difícil la incorporación de su seguimiento en la práctica diaria?

Busqué respuestas: Las obras sociales y las prepagas no reconocen esta prestación después del año de edad. Las instituciones públicas sí lo hacen, pero no organizan la actividad pediátrica de modo tal que el acompañamiento del crecimiento y desarrollo se lleve a cabo. No siempre se sigue a cada niño con su gráfico de crecimiento físico; el peso consta generalmente en la historia clínica, poco la talla y casi nunca el perímetro cefálico. No se toman las pruebas de desarrollo, no se le pregunta a la madre o al niño —cuando está en edad de relatarlo— su día de vida. No se pide a la maestra el informe de la evolución durante el año escolar de determinados niños.

Otra de las respuestas que encontré: “Nos citan muchos niños en pocas horas de atención”. ¿Podríamos disminuir las consultas por patología si integráramos en el acto médico la educación para la salud? ¿Si conversáramos con la madre acerca de las acciones a implementar ante los primeros signos de enfermedad banal? ¿Si lográramos aumentar la duración del amamantamiento y el porcentaje de madres que amamantan?, por citar algunos ejemplos. Si lo lográramos, ¿tendríamos la posibilidad de incorporar el seguimiento en salud de estos niños?

Es cierto que no tenemos la suficiente capacitación, pero ¿tratamos de aumentar nuestros conocimientos leyendo acerca del tema o averiguamos sobre cursos que se realicen al respecto?

Esto exige replantear el posicionamiento frente al ejercicio de la profesión, recibir al niño inserto en su familia con una mirada integral para el cuidado de su salud, donde la enfermedad no sea el eje rector de nuestra relación con el niño y su familia.

Quizá debamos hacer el ejercicio, un pequeño espacio cada día, de solazarnos con el acompañamiento del crecimiento y desarrollo de nuestros pacientes. Entendiendo por tal a “la participación en los actos y sentimientos del otro”, con un aditamento que la ciencia está tratando de incorporar: el amor, capacidad del ser humano cuyos beneficios biológicos aún no han sido investigados con rigurosidad.

Este camino se verá facilitado y enriquecido si intercambiamos con aquellas disciplinas que también intervienen: el equipo de salud, el docente.

No es fácil este viraje y el intercambio con otras disciplinas exige una mirada diferente, una disponibilidad interesada para lograr sostener juntos el crecimiento y desarrollo del niño, esa columna vertebral, eje que genera, donde deviene, alrededor del cual gira el acontecer interno y externo que estructura al ser humano, anidado en su familia, envuelto en su cultura.

Este cambio de posición producto de la reflexión y la experiencia, junto con el disfrute del ejercicio de la profesión, dan lugar a una integración humana como muy pocas actividades laborales lo permiten.

Dra. Sara Krupitzky